

señor; lo cierto es que el oráculo dice que esa mujer no ama á su marido.

— ¡ Oh ! dijo el señor de Rohán en un transporte de alegría.

— En cuanto al pelo, dijo Bálamo, he tenido que quemarlo para conseguir la revelación por esencia : aquí tenéis las cenizas que os devuelvo escrupulosamente después de haberlas recogido, como si cada partícula valiese un millón.

— ¡ Gracias, caballero, gracias ! nunca podré pagaros lo que os debo.

— No hablemos de eso, monseñor : lo único que os encargo es que no vayáis á tragaros las cenizas en vino, como hacen algunas veces los enamorados, porque eso es de una simpatía tan peligrosa, que vuestro amor se haría incurable, al paso que el corazón de la mujer amada enfriaría.

— ¡ Ah ! me guardaré de ello, dijo el cardenal casi espantado. Adiós, señor conde, adiós.

Veinte minutos después la carroza de S. E. se cruzaba en la esquina de la calle de Petits-Champs con el coche de Richelieu, al cual estuvo á pique de derribar en un enorme hoyo hecho para establecer los cimientos de una casa que estaban construyendo.

— ¡ Hola, príncipe ! dijo Richelieu sonriéndose.

— ¡ Hola, duque ! replicó el cardenal de Rohán llevándose un dedo á la boca.

Y corrieron en dirección contraria.

XVIII

El duque de Richelieu aprecia á Nicole

El señor de Richelieu se dirigía á la casa que ocupaba el señor de Taverney en la calle Coq-Herón.

Gracias al privilegio que debemos al diablo cojuelo, de penetrar fácilmente en una casa cerrada, sabemos antes que el señor de Richelieu, que el barón, sentado á su chimenea y con los pies apoyados en unos inmensos morillos bajo los cuales se consumían los restos de un tizón, sermoneaba á Nicole cogiéndole de vez en cuando la barba, á pesar de las muecas de rebelión y desdén de la joven.

Lo que no nos atrevemos á afirmar, es si Nicole hubiera admitido mejor las caricias sin el sermón ó el sermón sin las caricias.

La conversación entre el amo y la criada versaba sobre el punto importante ; esto es, sobre que en ciertas horas de la noche jamás acudía exactamente Nicole al oír la campanilla, que siempre tenía que hacer en el invernáculo, que en todas partes hacía mal su servicio excepto en aquellos sitios.

Á esto respondía Nicole, volviéndose y revolviéndose con encantadora y voluptuosa gracia :

— ¡ Tanto peor !... ¡ Yo me fastidio aquí... se me había prometido llevarme á Trianón con la señorita !

Y con motivo de esta respuesta, había creído el

señor de Taverney que debía acariciarle caritativamente las mejillas y la barba, sin duda para distraerla.

Nicole, siguiendo su tema y rechazando toda clase de consuelos, deploraba su desgraciada suerte.

— ¡Verdad es! decía gimiendo. Estoy encerrada entre cuatro tristes paredes, sin sociedad y casi sin respirar el aire, mientras que se me había presentado una perspectiva halagüena y un porvenir dichoso.

— ¡Cómo y en dónde? preguntó el barón.

— ¡En Trianón! respondió Nicole. En Trianón, en donde yo debía ver tanta gente y tanto lujo, en donde yo habría mirado y sido mirada.

— ¡Oh, oh, amiguita! exclamó el barón.

— ¡Qué tiene eso de extraño? Soy mujer y valgo tanto como otra cualquiera.

— ¡Cáspita! eso sí que se llama hablar, dijo sor-damente el barón. Aquí hay vida, movimiento... ¡Oh! si yo estuviese aun en mi juventud y fuese rico....

Y diciendo esto, no pudo menos de dirigir una mirada de admiración y codicia á tanta juventud, á tanta savia y hermosura.

Nicole se quedaba pensativa y á veces se impacien-taba.

— Vamos, señor, acostaos para que yo me acueste también, dijo.

— Escucha aun dos palabras, Nicole.

De súbito se oyó un campanillazo que estremeció á Taverney y á Nicole.

— ¡Quién puede venir á las once y media de la noche? dijo el barón. Vé á ver quién llama, querida mía.

Nicole fué á abrir, preguntó quién llamaba, y dejó la puerta de la calle medio abierta.

Por aquella venturosa abertura se deslizó del patio una sombra, aunque no sin hacer bastante ruido para

que el mariscal, pues era él, se volviera y viera al fugitivo.

Nicole iba delante con un bujía en la mano y muy contenta.

— ¡Tate, tate! dijo el mariscal sonriendo y siguiéndola al salón. Ese tunantazo de Taverney no me ha hablado más que de su hija.

El duque era uno de esos hombres que no necesitan mirar dos veces para ver perfectamente las cosas. La sombra que vió huir le hizo pensar en Nicole (ésta pensaba en la sombra), adivinó por la linda cara de la joven lo que la sombra iba á hacer allí, y así que vió los ojos tan maliciosos, los dientes tan blancos y el talle tan fino de la criadilla, conoció su carácter y sus gustos.

Nicole anunció desde la entrada del salón, no sin que el corazón le palpitase:

— ¡El señor duque de Richelieu!

Este nombre estaba destinado á causar sensación aquella noche, pues produjo tal efecto en el barón, que éste se levantó de su sillón y se dirigió hacia la puerta sin poder dar crédito á lo que oía.

Pero antes de llegar á la puerta vió á Richelieu en la penumbra del pasadizo.

— ¡El duque! balbuceó.

— Sí, querido amigo, él mismo en persona... replicó Richelieu con la mayor afabilidad. ¡Oh! veo que lo extrañáis, después de la visita del día pasado. Sin embargo ya veis que soy yo. Vamos, venga esa mano, si no lo lleváis á mal.

— Señor duque, me confundís con vuestras bondades.

— Veo que ya no tienes cacumen, amigo mío, dijo el viejo mariscal dando el sombrero y el bastón á Nicole para sentarse con más comodidad en un sillón.

Parece que ya chocheas y que no estás en el mundo.

— Sin embargo, duque, me parece que el modo con que me recibiste el otro día era tan significativo que no dejaba lugar á equívocarse.

— Escúchame, mi antiguo amigo, respondió Richelieu. El otro día, tú obraste como un estudiantillo y yo como un dómine, sin más diferencia entre tú y yo que la férula. Sé que vas á replicarme, pero quiero ahorrarte ese trabajo, porque me dirías alguna tontería, y yo te contestaría con otra. Por consiguiente, saltemos del otro día á hoy. ¿Sabes á lo que vengo ahora?

— De seguro que no.

— Vengo á traerte la compañía que fuiste á pedirme anteayer, y que el rey ha dado á tu hijo. ¡Qué diablo! Esto te hará conocer la diferencia de situaciones: anteayer era yo semi-ministro, y pedir era una injusticia; pero hoy que he rehusado la cartera y no soy más que el simple Richelieu de otro tiempo, cometería un absurdo en no pedir; por consiguiente he pedido, he logrado, y traigo.

— Duque, ¿es cierto lo que me dices?... Tanta bondad de tu parte...

— Es un efecto natural de mi deber de amigo... El ministro negaba, Richelieu solicita y da.

— ¡Duque, me encantas! ¿Conque eres un verdadero amigo?

— ¡Pues no lo he de ser!

— Pero el rey, el rey que me dispensa tal favor...

— El rey no sabe siquiera lo que hace, ó quizás me engaño y lo sabe á las mil maravillas.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que S. M. tiene sin duda en este momento algún motivo para disgustar á la Dubarry, y que debes á ese motivo más que á mi influencia el favor que te dispensa.

— ¿Lo crees así?

— Estoy segurísimo, y aun yo ayudo á ello. ¿Sabes que he renunciado á la cartera por causa de esa pícara?

— Así me lo han dicho, pero...

— Pero no lo creías. Vamos, dílo sin reparo.

— Pues bien, confieso que no lo creía.

— Eso quiere decir que no me tienes por hombre escrupuloso, ¿no es verdad?

— Lo que quiere decir es que te tenía por hombre despreocupado.

— Querido amigo, me voy haciendo viejo, y ya no me gustan las mujeres bonitas sino para mí... Además tengo otras ideas. Pero volvamos á tu hijo. Es un chico bizarro, ¿eh!

— Está muy mal con Dubarry, que estaba en tu casa cuando cometí la torpeza de presentarme en ella.

— Lo sé, y ese es el motivo porque no soy ministro.

— ¡Quia!

— No lo dudes, amigo mío.

— ¿Conque no has aceptado la cartera por no disgustar á mi hijo?

— Si te lo dijese no lo creerías. No la he admitido, porque las exigencias de los Dubarry, que empezaban por la exclusión de tu hijo, hubieran venido á parar en toda clase de monstruosidades.

— ¿Entonces te has indispuerto con esas alhajas?

— Sí, y no: me temen, y yo los desprecio y quedamos pagos.

— Eso es heroico, pero imprudente.

— ¿Por qué?

— Porque la condesa tiene mucho valimiento.

— ¡Puf! dijo Richelieu.

— ¿Cómo dices eso?

— Te lo digo porque conozco la parte flaca de la

posición, y si fuese preciso pondría al minador en el sitio á propósito para volar la plaza.

— Ahora veo con claridad; tú favoreces á mi hijo un poco por picar á los Dubarry.

— Dí un mucho y no te equivocas; tu hijo me sirve de granada, y con ella incendio la plaza... Pero á propósito, barón, ¿no tienes también una hija?

— Sí.

— ¿Es joven?

— Diez y seis años.

— ¿Bonita?

— Como una Venus.

— ¿Vive en Trianón?

— ¿La conoces acaso?

— He pasado la noche con ella, y he hablado una hora de ella con el rey.

— ¿Con el rey? exclamó Taverney, cuyas mejillas se cubrieron de púrpura.

— Sí, con el rey.

— ¿El rey ha hablado de mi hija, de Andrea de Taverney?

— Á quien devora con la vista; sí, querido.

— ¡Ah! ¿de veras?

— ¿Te incomodo diciéndote esto?

— ¡Á mi!... no... seguramente... el rey me honra con mirar á mi hija... pero...

— ¿Pero qué?

— El rey...

— Tiene malas costumbres, ¿no es eso lo que quieres decir?

— ¡Dios me libre de hablar mal de S. M.! así como así tiene derecho para obrar como le agrada.

— Pues bien, entonces ¿qué significa ese asombro?

¿Pretendes acaso que la señorita tu hija no es comple-

tamente bella, y que por consiguiente no la mira el rey con ojos amorosos?

Taverney no respondió; lo que hizo fué encogerse de hombros y quedarse pensativo, no sin que le persiguiese con su indagadora vista el implacable Richelieu.

— ¿Á que adivino lo que dirías si en vez de pensar hablastes en voz alta? prosiguió el anciano mariscal acercando su sillón al del barón. Dirías que el rey está acostumbrado á vivir con malas compañías, que desciende de su esfera, como se dice en los *Porcherons*, y que por lo mismo se guardará muy bien de fijar la vista en esa noble joven, de aire casto y amores puros; que por lo mismo no reparará en el tesoro de gracias y encantos... él que sólo se enamora de palabras licenciosas, guiñadas libertinas y chanzonetas de mala ley.

— Duque, está visto que eres un gran hombre.

— ¿Y por qué?

— Porque justamente has adivinado lo que estaba pensando, dijo Taverney.

— Confiesa sin embargo, barón, prosiguió Richelieu, que ya era tiempo que nuestro soberano no nos obligase, á nosotros que somos nobles, pares y compañeros del rey de Francia, á que besemos las manos envilecidas de una cortesana de esa especie; que ya era tiempo de que nos reuniese en nuestra natural atmósfera, y que después de haber pasado de la *Chateauroux*, marquesa, y de madera á propósito para hacer duquesas, á la *Pompadour*, hija y mujer de negociantes; y de la *Pompadour* á la *Dubarry*, que se llama simplemente *Juanita*, no pase de la *Dubarry* á alguna *Maritornes* de cocina ó á alguna *labriega*. Esto sería una cosa humillante, barón; sí, sería una vergüenza que teniendo como tenemos una corona con casco, bajásemos la cabeza á esas mujercillas.

— ¡Oh, qué verdades tan bien dichas! murmuró

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1921 MONTREY MEXICO

Taverney, ¡y qué cierto es que en la corte es donde se aprende!

— No habiendo reina no debe haber mujeres, y no habiendo mujeres no hay cortesanos; pero el rey mantiene relaciones con una *griseta*, y el pueblo se ha sobrepuesto al trono, representándolo Juana Vaubernier, vendedora de lienzos en París.

— Es verdad, pero.....

— Mira, barón, interrumpió el mariscal, ¿sabes que sería un papel magnífico el de la mujer de talento que quisiese reinar en Francia hoy?

— Sin duda, dijo Taverney, cuyo corazón palpitaba; pero por desgracia está ocupado el puesto.

— ¡Oh, si hubiese una mujer, continuó el mariscal, que sin tener los vicios de esas prostitutas tuviera tanto atrevimiento, cálculo y extensión de miras como ellas! una mujer que elevara tan alto su fortuna, que se hablase de ella aun cuando no existiera la monarquía!... ¿Sabes si tu hija tiene talento?

— Mucho, y sobre todo muy buen criterio.

— ¡Y qué hermosa es!

— ¿Te lo parece á ti?

— Tiene ese corte voluptuoso y encantador que tanto gusta á los hombres; ese candor, esa flor de virginidad que impone respeto hasta á las mismas mujeres... Amigo, es preciso cuidar ese tesoro.

— Me hablas de ella con un fuego.....

— ¡Yo! te digo que estoy perdiendo enamoradamente, y que mañana mismo me casaría con ella si no fuera por estos malditos setenta y cuatro años... ¿Pero está bien colocada en palacio? ¿Tiene á lo menos el lujo que conviene á una flor tan linda! Piensa en ello, barón; esta noche ha entrado sola en su aposento, sin criada, sin cazador, y con solo un lacayo del Delfin que iba alumbrándola delante; eso tiene visos de pobreza.

— ¡Y qué quieres que haga, duque, si ya sabes que no soy rico?

— Rico ó no, querido, es preciso á lo menos que tu hija tenga una doncella que la sirva.

Taverney exhaló un suspiro y dijo:

— Ya sé que la necesita.

— ¡Y qué, no tienes una?

El barón no respondió.

— ¿Quién es esa linda muchacha, prosiguió Riche-lieu, que ha salido á abrirme? Á fe que es bonita y tiene finura.

— Sí, pero.....

— ¿Pero qué, barón?

— Justamente por eso no puedo enviarla á Triánón.

— ¿Y por qué? Al contrario, me parece que es á propósito para el caso; hará una doncella de mi flor.

— Veo que no le has mirado la cara, duque.

— ¡Yo! precisamente no he hecho otra cosa.

— ¿La has mirado y no has conocido á quién se parece de un modo singular?

— ¿Á quién?

— A... acuérdate... pero antes examínala bien... Ven, Nicole.

Nicole, que había estado escuchando en la puerta, se aproximó.

El duque la cogió por ambas manos y encerró entre las suyas las dos rodillas de aquella joven, á quien no intimidó ni molestó un segundo la impertinente mirada de gran señor y de libertino.

— Sí, sí, verdad es, se parece mucho, dijo.

— Ya sabes á quién, y por consiguiente bien ves es imposible exponer el favor de mi familia á semejante torpeza del acaso. ¿Te parece agradable que esta buena alhaja de Nicole se parezca á la más ilustre dama de Francia?

— ¡ Oh, oh ! repuso con acrimonia Nicole desprendiéndose del duque, para responder al señor de Taverney; ¿ y estáis seguro de que me parezco á esa ilustre señora?... ¿ Tiene ella los hombros bajos, los ojos vivos, la pierna redonda, un brazo torneado, como esta alhaja ? En todo caso, señor barón, añadió furiosa, si me despreciáis así, me parece que es porque no me habéis visto bien.

Nicole estaba como un ascua de furor, y por consiguiente radiante de hermosura.

El duque volvió á estrechar sus lindas manos, apriñonó de nuevo sus rodillas, y con una mirada cariñosa, dijo :

— Barón, Nicole no tiene igual en la corte, á lo menos tal es mi opinión. Por lo que toca á la ilustre dama con quien confieso tiene cierta semejanza aparente, vamos á poner á cubierto todo amor propio... Nicole, tenéis unos cabellos rubios, admirables; unas cejas y una nariz de un dibujo enteramente imperial. Y bien, sentaos un cuarto de hora á un tocador, y desaparecerá lo que el señor barón llama imperfecciones. Nicole, querida mía, ¿ querriais ir á Trianón ?

— ¡ Oh ! exclamó Nicole manifestando en esta exclamación los deseos en que rebosaba su alma.

— Pues iréis á Trianón, querida mía, y haréis allí vuestra fortuna sin perjudicar en nada á la fortuna de ninguno. Barón, dos palabras y me retiro.

— Decid lo que gustéis, querido duque.

— Retírate, hija mía, y dejanos hablar un momento, dijo Richelieu.

Nicole salió, y el duque se acercó al barón.

— Sí me apresuro á enviar una doncella á tu hija, dijo, es porque sé que será del agrado del rey. Á S. M. no le gusta la miseria, y las criadas bonitas no le causan miedo. En fin, yo me entiendo.

— Supuesto que crees que agradará al rey, que vaya Nicole á Trianón, replicó el barón con sonrisa maliciosa.

— Entonces, ya que me lo permites, me la voy á llevar, y de ese modo se aprovechará de mi carroza.

— Sin embargo, ¿ esa semejanza con la señora Delfina !... Hay que pensar en ella, duque.

— Ya he pensado. En un cuarto de hora desaparecerá esa semejanza bajo las manos de Rafté ; te respondo de ello. Conque así, barón, escribe á tu hija diciéndole que tienes interés en que tenga una doncella, y en que esa doncella se llame Nicole.

— ¿ Crees urgente que se llame Nicole ?

— Lo creo.

— Y que no siendo Nicole.....

— No desempeñaría tan bien su servicio : así lo creo.

— Entonces voy á escribir al instante.

Y el barón escribió al momento una carta que entregó á Richelieu.

— ¿ Y las instrucciones, duque ?

— Yo me encargo de dárselas á Nicole. ¿ Es muchacha inteligente ?

El barón se sonrió.

— Conque me la confías, ¿ no es eso ? dijo Richelieu.

— No tengo ningún reparo, duque : es cosa tuya, me la has pedido, yo te la doy ; haz de ella lo que puedas.

— Señorita, venid conmigo, dijo el duque levantándose, y despachaos pronto.

Nicole no aguardó á que se lo dijeran dos veces. Sin pedir siquiera el permiso al barón, reunió en cinco minutos un lío de ropa, y con paso tan ligero que

podía decirse que volaba, se lanzó al lado del cochero.

Richelieu se despidió de su amigo, el cual le repitió las gracias por el servicio que había hecho á Felipe de Taverney.

De Andrea no dijeron una palabra, y aquel silencio era mucho más expresivo que lo que podían decir.

XIX

Metamorfosis

Nicole estaba fuera de sí de gozo, pues mayor triunfo era para ella el dejar á París por Trianón, que el haber dejado á Taverney por París.

Así es que estuvo tan complaciente con el cochero del señor de Richelieu, que á la mañana siguiente ya tenía la nueva doncella una grande reputación en todas las cocheras y antecámaras un tanto aristocráticas de Versalles y París.

Cuando llegaron al pabellón de Hanóver, el señor de Richelieu cogió la muchacha por la mano y la condujo al piso principal, en donde la aguardaba Rafté escribiendo una gran porción de cartas por cuenta de monseñor.

Entre las atribuciones del mariscal, la guerra hacía el principal papel, y Rafté se había hecho, al menos en teoría, un guerrero tan hábil, que Polibio y el caballero de Tobar se hubieran tenido por muy dichosos en recibir una de las pequeñas memorias como las que escribía Rafté cada semana sobre las fortificaciones y las maniobras.

Rafté estaba, pues, ocupado en redactar un proyecto de guerra contra los ingleses en el Mediterráneo, cuando el mariscal le dijo :

— Hola, Rafté, mira esta chica, ¿ qué te parece ?

Rafté la miró y dijo con un movimiento de labios muy expresivo :

— Muy linda, monseñor.

— Sí, pero ¿ á quién se parece?... te pregunto acerca de su semejanza.

— Sí; verdad es; voto al diablo!

— ¿ No es verdad, eh?...

— Es extraordinario; pero eso lo mismo puede labrar su ruina que su fortuna.

— Su ruina desde luego; pero vamos nosotros á remediarlo; como ves, tiene los cabellos rubios, pero eso no es una dificultad de gran monta, ¿ no es verdad?

— Todo se reduce á ponérselos negros, monseñor, respondió Rafté, que había contraído la costumbre de completar el pensamiento de su amo, y aun muchas veces de pensar por él.

— Ven á mi tocador, querida, dijo el mariscal; este señor, que es un hombre de habilidad, va á convertirte en la doncella más hermosa y desconocida de Francia.

En efecto, al cabo de diez minutos, Rafté con el auxilio de una composición que el mariscal usaba todas las semanas para teñir de negro los cabellos que se le veían por debajo de la peluca, coquetería que aun pretendía revelar en las callejuelas de su conocimiento, tiñó de un negro de azabache los hermosos cabellos rubios de Nicole; luego le pasó por sus espesas cejas también rubias un alfiler ennegrecido á la llama de una bujía, y dió de ese modo á su juguetona fisonomía un realce tan fantástico, y á sus ojos vivos y claros un fuego tan ardiente y algunas veces tan sombrío, que cualquiera la hubiera tenido por una hada evocada de un estuche mágico en donde la tuviese encerrada su encantador.

— Ahora, querida mía, dijo Richelieu presentando

un espejo á Nicole, mira qué encantadora estás, y sobre todo lo poco que te pareces á la Nicole de hace un momento: ya no tienes que temer una ruina, sino que labrarte una fortuna.

— ¡ Oh, monseñor! exclamó la joven.

— Sí, una fortuna, y para ello sólo se trata de que nos entendamos.

Nicole se ruborizó y bajó la vista, porque la astuta joven esperaba sin duda oír aquellas palabras que tan bien sabía decir el señor de Richelieu.

El duque lo comprendió, y para cortar toda mala inteligencia le dijo :

— Siéntate en ese sillón, querida, al lado de Rafté, y escúchame con toda atención... ¡ Oh! no tengas miedo, que el señor Rafté no nos estorba, antes al contrario, nos dará su parecer. Me escuchas con atención, ¿ no es verdad?

— Sí, monseñor, respondió Nicole tartamudeando, y avergonzada de que su vanidad la hubiese engañado de aquel modo.

La conversación del señor de Richelieu con Rafté y Nicole duró una larga hora, después de lo cual el duque mandó á la chica que fuese á acostarse con las doncellas del hotel.

Rafté volvió á continuar su memoria militar, y el señor de Richelieu se metió en la cama después de haber ojeado unas cartas en que le instruían de todas las intrigas de los parlamentos de provincia contra el señor de Aiguillón y la cábala de la Dubarry.

Á la mañana del día siguiente uno de sus coches, sin armas, condujo á Nicole á Trianón, la dejó cerca de la verja con su lío de ropa, y desapareció.

Nicole, con la frente erguida, el ánimo libre, y la esperanza en los ojos, después de haberse informado,

fué á llamar á la puerta de las habitaciones de la servidumbre.

Eran las diez, y vestida ya Andrea escribía á su padre el feliz acontecimiento de la víspera, de que Richelieu había sido mensajero, según ya hemos dicho.

Nuestros lectores no habrán olvidado que por una gradería de piedra se va de los jardines á la capilla del pequeño Trianón, y que al pie de esta capilla hay una escalera á la derecha por donde se sube al piso principal, es decir, á los aposentos de las damas de servicio, aposentos que están rodeados, á manera de una calle de árboles, por un largo pasadizo que da á los jardines.

La habitación de Andrea era la primera á la izquierda en aquel pasadizo, siendo bastante espaciosa y muy clara porque caía al patio de las caballerizas, y precedía un cuartito con dos gabinetes á la derecha é izquierda.

Aquella habitación, insuficiente si se considera el tren que por lo regular gastan los empleados de una corte brillante, era una celda encantadora, muy habitable y risueña, como retiro después de la agitación y bullicio que reinaban en palacio. Allí podía refugiarse un alma ambiciosa para devorar las afrentas y los desengaños que hubiese sufrido durante el día; allí también podía descansar en el silencio y la soledad, es decir, en el aislamiento de las grandezas un alma humilde y melancólica.

Efectivamente, el que atravesaba aquella gradería y subía la escalera de la capilla, olvidaba la superioridad, los deberes y el deseo de figurar. Allí reinaba tanta calma como en un convento, tanta libertad material como en una cárcel, pudiéndose decir que el que era esclavo en palacio se convertía en amo así que

entraba en el departamento de la servidumbre.

Un alma tranquila y orgullosa como la de Andrea tenía en cuenta todos estos cálculos, no porque fuese á descansar de una ambición frustrada ó de las fatigas de una fantasía aun no saciada, sino porque Andrea podía pensar más á sus anchuras en el estrecho cuadrilátero de su habitación que en los ricos salones de Trianón, sobre esas baldosas donde sentaba el pie con tanta timidez, que podía llamarse terror.

Desde allí, desde aquel rincón oscuro que conocía era su puesto, la joven miraba sin turbarse todas las grandezas que durante el día habían deslumbrado sus ojos; y en medio de sus flores, con su clave y rodeada de libros alemanes, que son una compañía tan dulce para los que leen con el corazón, Andrea desafiaba á la suerte á que le enviase una pesadumbre ó le quitase un motivo de alegría.

— Sí, decía, cuando después de haber desempeñado su cometido se ponía su peinador de largos pliegues, y respiraba con toda su alma, así como con todos sus pulmones; aquí poseo poco más ó menos cuanto he de poseer hasta que muera. Quizá llegue un día en que me vea más rica, pero nunca me veré más pobre, porque siempre ha de haber flores, música y un buen libro que sirvan de recreo á las personas que viven aisladas.

Andrea había conseguido le permitiesen almorzar en su habitación cuando lo tuviese á bien, y este favor lo apreciaba en mucho, porque así podía permanecer en su aposento hasta medio día, á no ser que la Delfina la mandase á llamar para que le leyese algo ó la acompañase á dar un paseo por la mañana. Cuando tenía libertad y hacía buen tiempo, salía con un libro y atravesaba los espesos bosques que conducen de Trianón á Versalles; al cabo de dos horas de paseo,

de meditación y pasear la mente por los espacios imaginarios, regresaba á fin de almorzar, sin que algunas veces hubiese visto ni á señor, ni á lacayo, ni un hombre, ni una librea.

Si el calor empezaba á penetrar bajo las frondosas arboledas, para eso tenía Andrea su cuartito tan fresco con el aire que entraba por la ventana y la puerta del corredor. Un sofá forrado de indiana, cuatro sillas iguales al sofá, su casto lecho de cielo redondo, de donde caían unas cortinas de la misma tela que los muebles referidos, dos vasos de china puestos sobre la chimenea, y una mesa cuadrada con pies de cobre, esto era de lo que se componía aquel universo de microscópicas proporciones, y á cuyos confines limitaba Andrea todas sus esperanzas, todos sus deseos.

Hemos dicho que la joven estaba sentada en su habitación y se ocupaba en escribir á su padre, cuando le llamó la atención un golpecito dado discretamente en la puerta del pasadizo.

Al ver que la puerta se abría, levantó la cabeza y lanzó un grito de asombro cuando apareció el rostro de Nicole radiante de alegría.

XX

De cómo lo que en unos es causa de alegría en otros lo es de desesperación

— Buenos días, señorita; soy yo; dijo Nicole haciendo una alegre reverencia, que, sin embargo, no estaba exenta de inquietud, conociendo como conocía la joven el carácter de su ama.

— ¿ Vos ? ¿ Y á qué casualidad se debe vuestra venida ? replicó Andrea soltando la pluma para seguir mejor la conversación que de aquel modo se entablaba.

— Como la señora me olvidaba, me he venido.....

— Si os olvidaba era porque tenía razones para ello.

¿ Quién os ha dado permiso para venir ?

— Me lo ha dado el señor barón, señorita, respondió Nicole arrugando con aire de bastante desagrado las dos hermosas cejas negras que debía á la generosidad del señor Rafté.

— Mi padre os necesita en París, y yo aquí para nada os necesito... Por consiguiente podéis volveros, hija mía.

— ¡ Oh ! exclamó Nicole, veo que la señorita no tiene ya apego á la gente... Yo creía que os había agradado más... ¡ Amen ustedes á las personas, para que os lo paguen de ese modo ! añadió filosóficamente.

Y sus hermosos ojos hicieron todos sus esfuerzos para atraer una lágrima á los párpados.